

EL MINISTERIO SACERDOTAL COMO LUGAR PROPIO DE LA SANTIFICACIÓN DEL SACERDOTE

[PRIESTLY MINISTRY AS THE PROPER PLACE FOR SANTIFICATION OF THE PRIEST]

MONS. JOSÉ MARÍA YANGUAS

SUMARIO: 1. ALGUNOS ASPECTOS CENTRALES DE LA PREDICACIÓN DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ. 2. EL «SITIO» O «LUGAR» DE LA PROPIA SANTIFICACIÓN. 3. SANTIDAD Y TRABAJO PROFESIONAL. 4. SANTIFICAR EL TRABAJO, SANTIFICARSE CON EL TRABAJO, SANTIFICAR A LOS DEMÁS CON EL TRABAJO. 5. LOS SACERDOTES DIOCESANOS EN EL OPUS DEI. 6. EL LUGAR DE LA SANTIDAD DEL PRESBITERO DIOCESANO. 6.1. *El «sitio» o «lugar» del sacerdote secular.* 6.2. *El ministerio, «trabajo profesional» del sacerdote.*

Resumen: El artículo estudia el significado de la posición que cada fiel ocupa en el mundo como lugar y estado propios para su santificación. Se fija en el ministerio sacerdotal como el lugar y estado propios del sacerdote secular. El trabajo bien hecho y el ejercicio de caridad y las demás virtudes son el medio secular para santificar el trabajo, santificarse en él y santificar a los demás con él. Eso es lo que hace el sacerdote con su ministerio. El tema se ilustra con abundantes textos de San Josemaría Escrivá, pionero en la predicación de la llamada universal a la santidad en medio del mundo.

Palabras clave: Santidad, Sacerdote, Ministerio.

Abstract: The article studies the significance of the position that each of the faithful holds in the world as the correct place and state for their sanctification. It points out that the priestly ministry is the proper place and state for a secular priest. Work well-done and the practice of charity and the other virtues are the secular means for sanctifying work, to sanctify oneself in it, and to sanctify others through it. The subject is illustrated with many texts by Saint Josemaría Escrivá, who was a pioneer in the preaching of the universal call to holiness in the middle of the world.

Keywords: Sanctity, Priest, Ministry.

El título de este estudio sobre un aspecto importante de las enseñanzas de Josemaría Escrivá de Balaguer, proclamado santo el 6 de octubre de 2002, sobre el sacerdocio, se centra significativamente en la expresión «lugar propio». Ésa es también mi intención en las páginas que siguen. Trataré pues de ilustrar el significado de dichas palabras a la luz del magisterio del nuevo santo. Convencido de que su doctrina sobre el ministerio como lugar propio de la santificación del sacerdote, debe ser encuadrada en el contexto de su enseñanza sobre la llamada universal a la santidad y sobre el papel que, para la mayor parte de los cristianos, ocupa el trabajo profesional en la respuesta a dicha llamada, expondré brevemente, en primer lugar, los rasgos principales de esta enseñanza, para ocuparme después de ilustrar su aplicación y consecuencias al caso concreto de los sacerdotes.

Las fuentes de este estudio son algunas de las más conocidas obras, ya publicadas, del Fundador del Opus Dei. Nutro, de todas formas, la certeza de que tales obras ofrecen los contenidos fundamentales del magisterio de nuestro Autor sobre el tema que nos ocupa. De todos modos, es claro que mi contribución no puede tener más pretensión que la de ser una aproximación al tema; por su importancia, merece, sin duda, un ulterior y más amplio tratamiento, con el análisis de aquellas obras del santo que serán accesibles con la publicación de sus *Opera omnia*¹; dicho análisis permitirá una visión más completa y exacta de nuestro argumento.

1. ALGUNOS ASPECTOS CENTRALES DE LA PREDICACIÓN DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

La entraña y contenido último de su predicación quedó como substanciada ya el 2 de octubre de 1928, fecha en que San Josemaría «vio» el Opus Dei, para usar la expresión que él siempre utilizó al referirse al momento preciso en que adquirió una idea clara, si bien no detallada en todos sus pormenores, de la misión que se le confiaba. Lo que Dios quería de él y para lo que lo llamaba, puede quedar resumido diciendo que se trataba de recordar a los hombres que:

1. El proyecto de la edición crítica de las obras completas del Fundador del Opus Dei ha comenzado a hacerse realidad con la reciente publicación del Volumen I de la Serie I, *Camino. Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez*, Rialp, Madrid 2002.

a) «la santidad no es cosa para privilegiados», sino que la llamada a vivir la plenitud de la vida cristiana la dirige el Señor a todos sin excepción;

b) todos deben dar cumplida respuesta a dicha llamada «estén donde estén», sin que importe ni revista especial relieve el estado, la profesión o el oficio que desempeñen;

c) la vida corriente, ordinaria, puede ser medio de santidad, sin que haya, por tanto, que abandonar el propio estado, la propia «situación» en el mundo, para poder dar un sí total a Dios nuestro Señor;

d) el trabajo profesional ocupa un puesto central como instrumento en la búsqueda de la santidad en medio del mundo².

El sentido de su vida y de su sacerdocio se le reveló entonces con gran claridad, tras años de obscuridad: promover el designio divino de la llamada universal a la santidad santificando la actividad ordinaria. Su quehacer sacerdotal iría desde entonces encaminado a hacer realidad la misión recibida.

La doctrina de la llamada universal a la santidad se puede leer claramente en el Evangelio, pero, con el pasar de los siglos, por motivos que ahora no podemos detenernos a analizar, fue quedando obscurecida, a la par que dejaba de vivirse. Y no podía ser vivida desde el momento en que prevalecía la idea de que la santidad había que buscarla «fuera»; que iba unida a situaciones y circunstancias singulares; que, de hecho, exigía tener que abandonar la propia situación, estado y ambiente; que, en definitiva, había que «salir» del mundo: se fue así extendiendo la errónea idea de que la mayoría de los cristianos, a quienes en cambio no les resultaba posible abandonarlo, no podían tampoco, por eso mismo, aspi-

2. Cfr. *Carta*, 24.III.1930, n. 2; el texto de la carta de San Josemaría aparece citado en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, I: ¿Señor que vea!*, Rialp, Madrid 1997, 300. Muchos años después, en una Homilía pronunciada el 26.XI.1967, repetía, una vez más, las mismas ideas: «En mis charlas con gentes de tantos países y de los ambientes sociales más diversos, con frecuencia me preguntan: ¿Y qué nos dice a los casados? ¿Qué a los que trabajamos en el campo? ¿Qué a las viudas? ¿Qué a los jóvenes?

»Respondo sistemáticamente que tengo *un solo puchero*. Y suelo puntualizar que Jesucristo Señor Nuestro predicó la buena nueva para todos, sin distinción alguna. Un solo puchero y un solo alimento: *mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra* (Ioh IV, 34). A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén», *Amigos de Dios*, 294.

rar a la santidad. La vocación a la santidad y la santidad misma aparecían como algo reservado en exclusiva a quienes recibían la especial vocación a una vida de apartamiento del mundo, una vida en la que quedaban abstraídos a las condiciones y a las circunstancias en las que se mueve la generalidad de los hombres.

La misión confiada al nuevo santo, el motivo por el que Dios quiso el Opus Dei fue, precisamente, el de hacer que nunca más se pudiera desconocer u olvidar «la verdad de que todos deben santificarse, y de que a la mayoría de los cristianos les corresponde santificarse en el mundo, en el trabajo ordinario»³.

2. EL «SITIO» O «LUGAR» DE LA PROPIA SANTIFICACIÓN

Insistamos ahora en uno de lo que podemos denominar axiomas fundamentales de la doctrina que San Josemaría predicó y enseñó incansablemente a vivir: que el Opus Dei no saca a nadie de su sitio. Se trata de una nota o característica que el nuevo santo no dudaba en calificar de «esencial» al espíritu del Opus Dei. Y subrayaba la raigambre profundamente cristiana de tal característica recurriendo a la doctrina de San Pablo: «Manténgase, pues, cada uno en el estado que tenía cuando Dios lo llamó» (1 Cor 7, 20)⁴. Santificar el propio estado y santificarse «en el lugar del encuentro con Cristo», allí donde el Señor ha venido a buscarnos, representa un rasgo «específico» del cristiano que vive el espíritu del Opus Dei⁵. Algo que se cumplió también en la vida de los primeros discípulos. Reza así un punto de Camino:

«Lo que a ti te maravilla a mí me parece razonable». —¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?

3. Carta, 9.I.1932, n. 92, citada en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, cit., 304. «Por eso, el objetivo único del Opus Dei ha sido siempre ese: contribuir a que haya en medio del mundo, de las realidades y afanes seculares, hombres y mujeres de todas las razas y condiciones sociales, que procuren amar y servir a Dios y a los demás hombres en y a través de su trabajo ordinario», *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1968, 10.

4. «El espíritu del Opus Dei, en efecto, tiene como característica esencial el hecho de no sacar a nadie de su sitio —*unusquisque, in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat* (1 Cor 7, 20)—...», *Conversaciones...*, 16.

5. *Ibid.*, 62.

Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes: a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores.

Y, ¡sómbrate!, a Pablo, en fin, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos»⁶.

Es claro que el *sitio* de la santidad de cada hombre no tiene principalmente un significado geográfico, locativo; al hablar aquí de sitio o lugar, se alude más bien a las circunstancias personales, en el sentido más fuerte del término; las circunstancias vistas no como situación en su radical carácter fáctico, como realidad casual que no responde a una intención, que se muestra deslindada de cualquier visión englobadora. *Sitio*, *lugar*, tienen aquí un sentido más hondo; con esos términos se designa lo que podríamos denominar, con expresión moderna y antigua a la vez, la habitación o demora del yo, su casa, algo que, de alguna manera, forma parte de él, que no le es ajeno, que lo constituye, sin que por eso deje radicalmente de poseer, a la vez, un cierto carácter aleatorio. *Sitio* tiene aquí un sentido existencial y teológico.

Con el término *sitio* se designa, en efecto, en este contexto, y en sentido amplio, el complejo de factores de vario tipo que sirven para ubicar exactamente a una persona, para identificarla; todos aquellos elementos que nos permiten dar con su identidad: la profesión, la familia de origen, la nacionalidad, raza, relaciones, amistades, gustos, aficiones, etc.:

«Vosotros, que celebráis hoy conmigo esta fiesta de San José, sois todos hombres dedicados al trabajo en diversas profesiones humanas, formáis diversos hogares, pertenecéis a tan diversas naciones, razas y lenguas. Os habéis educado en aulas de centros docentes o en talleres y oficinas, habéis ejercido durante años vuestra profesión, habéis establecido relaciones profesionales y personales con vuestros compañeros...»⁷.

Para el Fundador del Opus Dei, la profesión, el trabajo profesional es *sitio* de manera particular, y lo es porque posee un especial relieve personal, sin que la persona, como es obvio, llegue a identificarse con su profesión —en la profesión no se agotan todas sus dimensiones—. La especial dimensión personal de la profesión se pone de manifiesto en la

6. *Camino*, 799; cfr. también 926, 949. En el n. 362 de *Forja* se puede leer: «Dios no te arranca de tu ambiente, no te remueve del mundo, ni de tu estado, ni de tus ambiciones humanas nobles, ni de tu trabajo profesional... pero, ahí, ¡te quiere santo!».

7. *Es Cristo que pasa*, 46.

pregunta que tantas veces se nos hace o hacemos nosotros mismos a otras personas: «¿Usted qué es?» Nadie espera una respuesta de contenido ontológico, una descripción de la propia naturaleza metafísica. A dicha pregunta se responde sencillamente indicando la profesión que se ejerce: soy médico, decimos, abogado, electricista, repartidor de bombonas de butano, mozo de espadas, campesino o ingeniero aeronáutico.

Es claro, sin embargo, que hay ciertas profesiones con las que la persona se siente, de algún modo, más identificada. De ellas se puede decir con particular verdad que uno *es* eso. Y ello seguramente por dos motivos, que no necesariamente deben ser los únicos, pero que son seguramente relevantes. El primero de ellos es de carácter subjetivo: se trata de un trabajo o profesión que se ha hecho objeto de una verdadera y propia elección. En ese caso, en efecto, decimos con particular hondura: *Soy* médico, por ejemplo, como si el hecho de serlo formara parte de la propia persona, como si fuera algo de mí mismo; de algún modo se puede decir, que no nos vemos *siendo* de otra manera, de manera semejante a como no nos vemos *siendo* otro cuerpo.

El otro motivo tiene un carácter más objetivo. Hay profesiones que son típicamente personales, que sólo pueden ser desempeñadas por una persona; que modelan, además, la personalidad de quien las «vive» y requieren determinadas *cualidades humanas*, no simplemente técnicas. Se trata de profesiones, no simplemente trabajos o mera actividad eficiente que una máquina podría desarrollar con mayor o menor eficacia.

Vale la pena anotar todavía otro particular. Hay profesiones en relación con las cuales parece completamente justificado y dotado de sentido hablar de vocación. Pensamos entonces, de manera inmediata, en una profesión cuyo ejercicio atrae, *llama*. Así, decimos que una persona tiene vocación de maestro, cuando se siente *llamado*, atraído por dicha profesión. Sin que cambie radicalmente lo que llevamos dicho, conviene recordar también cómo, en ocasiones, la profesión tiene una dimensión parcialmente nueva; así ocurre cuando al significado común de la profesión como trabajo, se añade el de género de vida: la profesión, en este caso, comporta un particular modo o género de vida.

Sitio, lugar, tienen un sentido teológico, decíamos; y lo tienen justamente porque aquello a lo que aluden tales expresiones no son realidades ajenas a los «planes divinos», a la realización de la persona, a la lla-

mada a la santidad que Dios dirige a todo hombre. Precisamente *ahí*, en esas concretas realidades, en *ese* bien determinado complejo de circunstancias tiene lugar la llamada a la santidad: «ahí os espera Dios», decía el Fundador del Opus Dei⁸, y *ahí* también se le da o no respuesta adecuada; es decir, ese *ahí*, *lugar* o *sitio*, es el conjunto de las personales circunstancias, de los acontecimientos que nos implican en su acontecer, que forman de alguna manera la totalidad del yo llamado por Dios; y, a la vez, el cuerpo, la carne, en la que toma forma y figura la respuesta a Dios. Con gran eficacia expresiva y conceptual lo decía San Josemaría con frase machaconamente repetida en su enseñanza oral y escrita:

«Os recuerdo, una vez más, que todo eso no es ajeno a los planes divinos. Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina»⁹.

La irrepetible situación humana de cada cristiano no es, en efecto, algo «chato y sin relieve», «cosa de poco valor»; cada situación, cada *ahí*, es uno de «los caminos de la tierra que pueden ser un encuentro con Cristo», lugar donde uno es llamado a realizar su misión divina¹⁰.

En la mente del Fundador del Opus Dei, dicho principio, de capital importancia teológico-ascética, tiene validez tanto si con el término vocación humana se entiende, en sentido amplio, el conjunto de las circunstancias en las que se desenvuelve la vida de una persona¹¹, como si, con el mismo, se quiere aludir, sobre todo, al trabajo profesional, aun-

8. *Es Cristo que pasa*, 50.

9. *Es Cristo que pasa*, 46. Con una expresión formalmente diferente, pero de idéntico contenido, dice nuestro Autor: «Me preguntas..., y te contesto: tu perfección está en vivir perfectamente en aquel lugar, oficio y grado en que Dios, por medio de la autoridad, te coloque», *Camino*, 926.

10. *Ibid.*, 110.

11. «Por tanto, equivocáramos el camino si nos desentendiéramos de los afanes temporales: ahí os espera también el Señor; estad ciertos que a través de las circunstancias de la vida ordinaria, ordenadas o permitidas por la Providencia en su Sabiduría infinita, los hombres hemos de acercarnos a Dios», *Amigos de Dios*, 63. «Procuremos hablar para cada cristiano, para que allí donde está —en circunstancias que no dependen sólo de su posición en la Iglesia o en la vida civil, sino del resultado de las cambiantes circunstancias históricas—, sepa dar testimonio, con el ejemplo y con la palabra, de la fe que profesa», *Es Cristo que pasa*, 183. El cristiano debe combatir el «afán de cambiar de sitio», de que habla *Camino*, 832, un afán que le puede llevar a pensar que para realizarse como cristiano debe abandonar el lugar que le corresponde en la vida. El Fundador del Opus Dei hablaba de ese peligro como «razón del malestar del mundo» (*ibid.*), y lo calificaba de «locura», «la locura de cambiar de sitio» (*Camino*, 837), auténtica y gravísima insidia para la vida cristiana.

que considerado en el contexto general en que se mueve la vida de una persona. A ambos aspectos se refería, a la vez, con estas palabras:

«Ésta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que es vuestra manera de estar en el mundo; ese hogar, esa familia vuestra; y esa nación, en la que habéis nacido y a la que amáis»¹².

Al hablar del *sitio* o *lugar* el Fundador del Opus Dei se está refiriendo sin duda al conjunto de las circunstancias personales del cristiano, «las condiciones concretas de la existencia cotidiana»¹³. Pero, a la vez, es también claro que el trabajo profesional, la profesión, desempeña *ahí*, en ese conjunto de circunstancias, un papel de particular relevancia, tanta que frecuentemente se habla del trabajo profesional como elemento fundamental para configurar el *ahí* de la existencia humana¹⁴. En numerosos textos de sus obras aparecen así frecuentemente entrelazados los dos planos, uno más general que contempla, en un único horizonte, sin solución de continuidad, todas las circunstancias en las que se *da* la existencia cristiana, y otro, más particular, centrado en la personal vocación o trabajo profesional.

3. SANTIDAD Y TRABAJO PROFESIONAL

Esta visión de la vida cristiana, radical y primariamente secular, hunde sus raíces teológicas en algunas verdades centrales del dogma cristiano, tales como la Creación y la Encarnación. El mundo es visto, ante todo, como criatura que salió, buena y hermosa, de las manos de Dios; sólo, más tarde, el pecado la convirtió en fea y mala. Por otro lado, el Verbo eterno de Dios hecho hombre asumió íntegramente la naturaleza

12. *Es Cristo que pasa*, 46; 148.

13. *Conversaciones...*, 99.

14. «Convenços de que la vocación profesional es parte esencial, inseparable, de vuestra condición de cristianos. El Señor os quiere santos en el lugar donde estáis: en el oficio que habéis elegido por los motivos que sean: a mi todos me parecen buenos y nobles —mientras no se opongan a la ley divina—, y capaces de ser elevados al plano sobrenatural, injertados en esa corriente de amor que define la vida de un hijo de Dios», *Amigos de Dios*, 60.

humana para salvarla. A los cristianos corresponde como misión colaborar con Cristo en la obra de la redención de los hombres y en la de reportar el mundo a su belleza original. San Josemaría Escrivá tenía la profunda convicción de que, para que ello pudiera llegar a ser una realidad, era necesario asumir plenamente la economía de la Encarnación. De ahí la fuerza con que sacudía las conciencias en un punto que consideraba de capital importancia:

«No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios.

Por el contrario, debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana»¹⁵.

Es aquí donde el espíritu del Opus Dei muestra toda su *novedad*. Dicho espíritu presenta las circunstancias de la vida de cada cristiano, la profesión, como «voluntad de Dios», «requerimiento divino»¹⁶, que llama a servirlo en y desde el propio trabajo profesional, en y desde el cumplimiento de los propios deberes; llamada divina personalizada, camino irreplicable, materia, carne, de nuestra santidad. Ahí y sólo ahí la persona vive, existe, realiza y alcanza la santidad o, por el contrario, no lo logra de ninguna manera. La santidad a la que Dios llama al común de los mortales está toda ahí. Ésa es, por otro lado, la tremenda seriedad y la decisiva importancia del *lugar* o *sitio* en el que Dios llama. En efecto, la situación existencial de cada hombre, sus condiciones y circunstancias de vida, el trabajo que desarrolla, todo eso «es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes»¹⁷, para santificarlas, para hacerlas entrar en el plano de la redención. Se entiende muy bien en este contexto la predicación del nuevo santo cuando afirmaba que:

«ése es el secreto de la santidad que vengo predicando desde hace tantos años: Dios nos ha llamado a todos para que le imitemos; y a vo-

15. *Conversaciones...*, 114.

16. «Os aseguro que, si nos empeñamos diariamente en considerar así nuestras obligaciones personales, como un requerimiento divino, aprenderemos a terminar la tarea con la mayor perfección humana y sobrenatural de que seamos capaces», *Amigos de Dios*, 57.

17. *Es Cristo que pasa*, 174; cfr. también 110.

sotros y a mí para que, viviendo en medio del mundo —¡siendo personas de la calle!—, sepamos colocar a Cristo Señor Nuestro en la cumbre de todas las actividades humanas honestas»¹⁸.

Que se trata de una doctrina central en la enseñanza del Fundador de la Obra lo ponen de manifiesto las expresiones con que inicia en numerosas ocasiones su discurso: «¡No lo dudéis!», «¡Convenceos!», «¡Os aseguro!» Por eso podía decir que si alguno no amara el propio trabajo y no se sintiera comprometido en él para santificarlo, si no percibiera el significado profundamente humano y cristiano de la vocación y trabajo profesionales, no alcanzaría el significado profundo de sus enseñanzas, «no llegaría a calar en la entraña sobrenatural de la doctrina»¹⁹ que exponía con tanta convicción.

Por eso San Josemaría amaba decir que el trabajo en medio del mundo es *quicio*, *eje*, del espíritu del Opus Dei; pertenece a la esencia de su modo, profundamente secular, de buscar la santidad; sobre el trabajo «se apoya», en efecto, «se fundamenta y gira nuestra llamada a la santidad»²⁰. Sin dicho quicio, la santidad del cristiano queda privada de su fundamento, del terreno sobre el cual edificar; la santidad se disuelve en simple apariencia, forma que, sin materia que animar, terminará, antes o después, por «desnaturalizarse» y degradarse.

4. SANTIFICAR EL TRABAJO, SANTIFICARSE CON EL TRABAJO, SANTIFICAR A LOS DEMÁS CON EL TRABAJO

Es ésta una fórmula, usada mil veces por el santo, para resumir en una sola frase la riqueza de su doctrina ascético-teológica sobre el trabajo. No es este el momento para estudiarla en toda su hondura. Me limitaré a subrayar algunos aspectos, útiles para el fin que persigo en este trabajo.

Ya se ha hecho referencia a que la doctrina de San Josemaría sobre el trabajo se enmarca en la teología de la creación, presente en los primeros capítulos del Génesis, y en la persona del Verbo Encarnado, modelo de toda santidad. Cuando se le preguntaba por el sentido de la ex-

18. *Amigos de Dios*, 58.

19. *Ibid.*

20. Cfr. *ibid.*, 61, 62; *Es Cristo que pasa*, 45.

presión «santificar el trabajo», respondía poniendo en relación ambas verdades de la fe: hacía notar, de una parte, que «en esa expresión están implicados conceptos fundamentales de la misma teología de la creación», aludiendo a las «maravillosas» palabras del Génesis, según las cuales el hombre fue creado para trabajar. Y al recordarlas se fijaba en el ejemplo de Cristo que pasó la mayor parte de su vida trabajando: «Amamos ese trabajo humano que Él abrazó como condición de vida, cultivó y santificó»²¹.

La primera condición para que el trabajo sea santificado y pueda santificar a quien lo realiza, es que la materia sea apta, adecuada, es decir, que se trate de un trabajo noble, donde noble quiere decir lícito, honesto: que «no se oponga a la ley divina»²².

Pero, según San Josemaría, para que el trabajo sea una actividad santificada y santificadora no basta con que sea objetivamente, en sí mismo, una acción honesta. Es necesario, además, que esté bien hecho. No son aceptables las chapuzas, las cosas a medio hacer o a medio terminar; no es de recibo el amateurismo, el trabajo de aficionados que, casi por necesidad, resulta imperfecto. Se requiere, por tanto, preparación, estudio, formación, ejercicio, práctica, empeño, sentido profesional que lleva a continuar el esfuerzo hasta que la tarea, la obra, el resultado, sea algo cumplido, terminado, perfecto en lo posible. La buena voluntad es seguramente requisito indispensable, pero, desde luego, no es suficiente. No basta con *querer hacer bien* las cosas, voluntad que equivale frecuentemente a un deseo ineficaz; además, hay que *saber hacerlas bien* y, con frecuencia, en fin, hay que *empeñarse por hacerlas bien*²³.

Se trata de una doctrina que San Josemaría *leía* en los textos de la Escritura, una enseñanza con una base sólida e irrefutable. Veía la nece-

21. *Conversaciones...*, 10. Recordando el sentido originario del trabajo, se afirma en el número 482 de *Surco*: «El trabajo es la vocación inicial del hombre, es una bendición de Dios, y se equivocan lamentablemente quienes lo consideran un castigo. El Señor, el mejor de los padres, colocó al primer hombre en el Paraíso, “ut operaretur”-para que trabajara».

22. *Amigos de Dios*, 60; cfr. *Conversaciones...*, 10.

23. «Muchos cristianos han perdido el convencimiento de que la integridad de Vida, reclamada por el Señor a sus hijos, exige un auténtico cuidado en realizar sus propias tareas, que han de santificar, descendiendo hasta los pormenores más pequeños», *Amigos de Dios*, 55.

sidad de ofrecer al Señor un trabajo bien hecho, con toda la perfección humana posible, como una extensión del significado inmediato del texto del libro del Levítico, que juzga indigno de Dios todo lo que es defectuoso:

«No podemos ofrecer al Señor algo que, dentro de las pobres limitaciones humanas, no sea perfecto, sin tacha, efectuado atentamente también en los mínimos detalles: Dios no acepta las chapuzas. *No presentaréis nada defectuoso*, nos amonesta la Escritura Santa, *pues no sería digno de Él* (Lv XXII, 20). Por eso el trabajo de cada uno, esa labor que ocupa nuestras jornadas y energías, ha de ser una oferta digna para el Creador, *operatio Dei*, trabajo de Dios y para Dios: en una palabra, un quehacer cumplido, impecable»²⁴.

Esa exigencia aparece, por otra parte, según el nuevo santo, como consecuencia inmediata del seguimiento de Cristo, el cual «bene omnia fecit», todo lo hizo bien (Mc 7, 37), tanto los grandes milagros como las cosas más menudas y cotidianas; todo con la plenitud de quien era perfecto Dios y perfecto hombre²⁵.

Santificar la profesión y santificarse en ella exige, pues, «trabajar bien, con seriedad humana y sobrenatural»²⁶, «a conciencia, con sentido de responsabilidad, con amor y perseverancia, sin abandonos ni ligerezas»²⁷. Trabajar bien requiere competencia profesional, capacidad técnica, conocer bien el propio oficio, *saber hacer* las cosas; y exige, además, voluntad decidida para terminarlas bien, para dejarlas «*acabadas con humana perfección*»²⁸. Con singular grafismo afirmaba a este respecto el Fundador de la Obra:

24. *Amigos de Dios*, 55. En *Surco*, 493 se repite, de manera aún más concisa y expresiva, la misma idea: «No se puede santificar un trabajo que humanamente sea una chapuza, porque no debemos ofrecer a Dios tareas mal hechas». El trabajo mal hecho, sin calidad humana, la *chapuza*, o como solía decir también nuestro Autor, el *trabajo hecho a medias* «es sólo una caricatura del holocausto que Dios te pide», *Forja*, 700.

25. *Ibid.*, 56.

26. *Es Cristo que pasa*, 50. «Si queremos de veras santificar el trabajo, hay que cumplir ineludiblemente la primera condición: trabajar, ¡y trabajar bien!, con seriedad humana y sobrenatural», *Forja*, 698. Para trabajar bien se requiere «competencia técnica y profesional», *ibid.*, 705, «acabarlo con la posible perfección sobrenatural y humana», *ibid.*, 713; 744.

27. *Forja*, 681. A todos los cristianos se dirige el Fundador del Opus Dei cuando, con frase castiza, reconviene: «No puedes ser un chapucero», *Forja*, 980.

28. *Es Cristo que pasa*, 50; cfr. *Amigos de Dios*, 202; *Forja*, 277; *Surco*, 529.

«Por eso suelo repetir a los que se incorporan al Opus Dei, y mi afirmación vale para todos los que escucháis: ¡qué me importa que me digan que fulanito es un buen hijo mío —un buen cristiano—, pero es un mal zapatero! Si no se esfuerza en aprender bien su oficio, o en ejecutarlo con esmero, no podrá santificarlo ni ofrecérselo al Señor; y la santificación del trabajo ordinario constituye como el quicio de la verdadera espiritualidad para los que —inmersos en las realidades temporales— estamos decididos a tratar a Dios»²⁹.

Creo interpretar bien estas palabras si digo que, para nuestro Autor, no resulta posible ser un buen cristiano, si no se realiza bien el trabajo profesional, o si uno no se prepara y capacita para ello. El motivo es éste justamente: que siendo la santificación del trabajo ordinario el quicio de la espiritualidad del Opus Dei, y requiriendo la santificación del trabajo su realización acabada, quien no trabaja a conciencia y se esfuerza por adquirir la debida preparación, no puede aspirar a la santidad, errando así completamente su camino.

Se entiende muy bien, por tanto, que el cristiano deba tratar de llevar a cabo con perfección humana su trabajo profesional, que se deba esforzar por ser, en la medida de lo posible, el mejor. No es anhelo de sobresalir, no es afán de autoafirmación, ni siquiera el legítimo deseo de «subir» en la escala profesional. Es sencillamente la viva conciencia de que está en juego la propia santidad³⁰.

La primera condición, pues, para que el trabajo sea santo en sí mismo y santificante de quien lo realiza y de los demás, es que sea bien hecho, en el respeto de sus exigencias propias, que no pueden ser soslayadas. Pero no basta trabajar, trabajar mucho y trabajar bien: el trabajo podría ser fruto del deseo de autoafirmación, del ansia de demostrar la propia valía, del afán de exhibición, más o menos consciente, de las propias cualidades o habilidades. Advierte por eso San Josemaría:

29. *Amigos de Dios*, 61.

30. «(...) los hombres hemos de acercarnos a Dios. No lograremos ese fin si no tenemos a terminar bien nuestra tarea: si no perseveramos en el empuje del trabajo comenzado con ilusión humana y sobrenatural; si no desempeñamos nuestro oficio como el mejor y si es posible —pienso que si tú verdaderamente quieres, lo será— mejor que el mejor, porque usaremos todos los medios terrenos honrados y los espirituales necesarios, para ofrecer a Nuestro Señor una labor primorosa, acabada como una filigrana, cabal», *Amigos de Dios*, 63.

«Conviene no olvidar, por tanto, que esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara.

Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»³¹.

Para que el trabajo sea santo y santificante es preciso que lo hagamos por Dios, y que el espíritu de servicio informe su realización; al trabajar debemos pensar en el bien de los demás. Los cristianos nos santificamos trabajando, trabajando mucho, poniendo cuidado por acabar bien ese trabajo, cumpliéndolo con la mayor perfección humana posible, con rectitud de intención: trabajando por Dios y por los demás. El trabajo se convierte entonces en oración³². Todo, trabajo y acciones diarias, rebosa «de la trascendencia de Dios»³³: el mundo queda como divinizado. Gustaba nuestro Autor de ilustrar esta doctrina con el recurso a un personaje de la mitología griega: el rey Midas que convertía en oro todo cuanto tocaba. Cuando el cristiano, en efecto, trabaja con el espíritu al que hemos hecho referencia más arriba, su trabajo contribuye a ordenar rectamente las realidades temporales, queda asumido en la obra de la creación y de la redención, se eleva y se convierte en obra de Dios³⁴.

La vida ordinaria, el trabajo profesional codo con codo con los demás, la condisión de problemas y proyectos comunes, la participación en los afanes de muchos otros conciudadanos, se convierten, en fin, en ocasión de apostolado. Las circunstancias de nuestra vida se revelan al cristiano como el lugar de su apostolado, el puesto donde testimoniar con su comportamiento, y en el momento oportuno con su palabra, la fe que profesa³⁵.

31. *Es Cristo que pasa*, 48; cfr. *ibid.*, 51; *Amigos de Dios*, 202; *Conversaciones...*, 116.

32. Cfr. *Camino*, 335.

33. *Conversaciones...*, 116.

34. *Ibid.*, 10; *Amigos de Dios*, 308.

35. Esta doctrina fue predicación constante en la vida del nuevo santo. Bastará citar algunos ejemplos: «Actuando así, decía, daremos a quienes nos rodean el testimonio de una vida sencilla y normal, con las limitaciones y los defectos propios de nuestra condición humana, pero coherente. Y, al vernos iguales a ellos en todas las cosas, se sentirán los demás invitados a preguntarnos: ¿cómo se explica vuestra alegría?, ¿de dónde sacáis las fuerzas para vencer el egoísmo y la comodidad?, ¿quién os enseña a vivir la

5. LOS SACERDOTES DIOCESANOS EN EL OPUS DEI

Como hemos visto, el núcleo del mensaje del Opus Dei a los hombres y mujeres de nuestro tiempo es éste: que todos están llamados a la santidad, cada uno en su propia condición como hombre o mujer, en el concreto momento de la propia historia (jóvenes, ancianos), en su personal estado de vida (solteros, casados), en las precisas circunstancias de su existencia, en la propia tarea (trabajen donde trabajen, estén donde estén)³⁶.

Se entiende entonces perfectamente que dicho mensaje pudiera tener también como destinatarios a los sacerdotes diocesanos. También éstos podrían preguntar al Fundador de la Obra: ¿Qué nos dice a nosotros sacerdotes diocesanos? La respuesta dada ya a jóvenes y a ancianos, a solteros y a casados, a sanos y a enfermos, a cultos y a ignorantes, que le dirigían esa misma pregunta, no necesitaría ser modificada un ápice: Dios llama a cada uno a la santidad, pide amor allí donde uno se encuentra, en el propio trabajo y en el desempeño de los personales deberes. Traducido al caso concreto del sacerdote: en el ejercicio del ministerio sacerdotal, en la diócesis concreta de incardinación, en el seno del presbiterio al que pertenece. Se entiende pues que los sacerdotes seculares «cupieran» en el Opus Dei. También ellos, en efecto, están llamados a santificarse en su propio estado, circunstancias de vida y trabajo profesional³⁷.

comprensión, la limpia convivencia y la entrega, al servicio de los demás?» *Es Cristo que pasa*, 148; las mismas ideas en *Amigos de Dios*, 273.

«Con ocasión de esa labor, en la misma trama de las relaciones humanas, habéis de mostrar la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de cariño humano, de paz. Como Cristo *pasó haciendo el bien* por todos los caminos de Palestina, vosotros en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso, tenéis que desarrollar también una gran siembra de paz», *Es Cristo que pasa*, 166.

«El apostolado, ese ansia que come las entrañas del cristiano corriente, no es algo diverso de la tarea de todos los días: se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo. En esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes, podremos ayudarles a llegar a Cristo, que nos espera en la orilla del lago. Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después», *Amigos de Dios*, 264.

36. Cfr. *Amigos de Dios*, 294. «Desde hace casi treinta años ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana», *Es Cristo que pasa*, 148.

37. Cfr. A. FUENMAYOR-V. GÓMEZ IGLESIAS-J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Eunsa, Pamplona, 1989, 228-231 y 288-291.

El sacerdote diocesano vive en medio del mundo como la inmensa mayoría de sus hermanos los hombres, en las circunstancias normales de todos los demás, con los derechos y deberes de los demás ciudadanos, sintiéndose uno más, con una vocación particular, luchando por practicar las virtudes que los hombres aman, no poniéndose psicológicamente contra el mundo, sino sintiéndose en él destinatario de una misión. El sacerdote diocesano secular puede asumir ese espíritu, que sintoniza plenamente con su vocación y le lleva a vivirla en plenitud: el sacerdote diocesano está en medio del mundo, es un hombre de su tiempo y debe hablar, predicar, tratar, guiar a Dios a los hombres de este tiempo. Es necesario, por tanto, que se sienta en sintonía con el momento histórico y con el mundo que le ha tocado vivir, para que su ministerio, sin perder nada de su genuino espíritu, sea más eficaz. Ese estilo propio del sacerdote secular es, podemos decir, exigencia de su propio ministerio, que se desarrolla en medio de los hombres y al servicio de los hombres³⁸.

Por todo ello, explicando una vez más la naturaleza del Opus Dei, el nuevo santo podía afirmar a finales de los años 60:

38. La secularidad, dice con acierto Pero-Sanz, no puede reducirse a una de sus modalidades, la modalidad laical, que no es aplicable a los presbíteros en general, ni a los sacerdotes diocesanos en particular. Si bien hay una «índole secular» que es específica y propia de los laicos, toda la Iglesia posee una «dimensión secular», y de ella participan todos los fieles (cfr. Exhort. Apost. *Christifideles laici*, n. 15). El trabajo propio de los sacerdotes, el ministerio sacerdotal, «no sólo presta una contribución, por llamarla de algún modo, interna a la Iglesia». La religión, dice el Autor citado, es algo que guarda una íntima e importante relación con el bien común de la sociedad. De ahí que «el servicio sagrado mismo —que compete por vocación propia a los ministros consagrados— constituye una contribución ciudadana, de carácter secular...», J.M. PERO SANZ, «¿Existe una secularidad sacerdotal?», en *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, Actas del XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1990, 109. Baste aquí esta sucinta referencia al tema de la secularidad propia del sacerdote diocesano, que requeriría ciertamente un tratamiento propio. Sobre dicho tema y sobre la espiritualidad secular en general existe hoy una amplia bibliografía; de entre ella, me permito señalar en concreto: P. RODRÍGUEZ-F. OCÁRIZ-J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993; A. ARANDA, «El bullir de la sangre de Cristo». *Escritos sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, 255-274; J. MIRAS, *Fieles en el mundo. La secularidad de los fieles cristianos*, Universidad de Navarra, Pamplona 2000; J.L. ILLANES, *Cristianismo, historia, mundo*, Eunsa, Pamplona 1973; IDEM, *Laicado y sacerdocio*, Eunsa, Pamplona 2001; IDEM, *Espiritualidad sacerdotal*, Santa Fe de Bogotá-Colombia 1994; R. PELLITERO, *Sacerdotes seculares hoy*, Palabra, Madrid 1997; J. BURGGRAF, «Secularidad. Reflexión sobre el alcance de una palabra», *Scripta Theologica* XXXIV/3 (2002), 877-894.

«El Opus Dei es una organización internacional de laicos, a la que pertenecen también sacerdotes diocesanos (...)

Sus miembros son personas que viven en el mundo, en el que ejercen su profesión u oficio. Al acudir al Opus Dei no lo hacen para abandonar ese trabajo, sino al contrario, buscando una ayuda espiritual con el fin de santificar su trabajo ordinario, convirtiéndolo también en medio para santificarse y para ayudar a los demás a santificarse. No cambian de estado —siguen siendo solteros, casados, viudos o sacerdotes—, sino que procuran servir a Dios y a los demás hombres dentro de su propio estado...»³⁹.

Que los sacerdotes diocesanos pudieran pertenecer al Opus Dei es algo que no encontraba ninguna dificultad en el cuadro general de su espíritu. Pero, históricamente, las cosas no resultaron tan sencillas. El sacerdote diocesano Josemaría Escrivá conocía perfectamente el ambiente eclesial de las diócesis españolas. Había hecho los estudios eclesiales y había recibido la formación sacerdotal en el seminario de Logroño, primero, y después, en el de Zaragoza. Además, alrededor de 1940 había tenido ocasión de dar numerosas tandas de ejercicios espirituales a sacerdotes de distintas diócesis y también a comunidades de religiosos. Ya entonces percibía con nitidez la necesidad que tiene el sacerdote secular —como todo aquel que se proponga seriamente la santidad— de ser ayudado a buscar la plenitud de la vida cristiana en el ejercicio de su ministerio, y eso «con espíritu y medios que en nada modifiquen su condición diocesana»⁴⁰.

El Fundador de la Obra advertía con claridad que debía extender a los sacerdotes de las diócesis el mensaje que había recibido de Dios. Pe-

39. *Conversaciones...*, 24. Son estos algunos rasgos fundamentales para entender la secularidad de los laicos del Opus Dei y también de los sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, cfr. A. ARANDA, *El bullir...*, 260-263; R. PELLITERO, *Sacerdotes...*, 127-130.

40. *Ibid.*, 31. Y continuaba diciendo en la misma circunstancia: «Para así corresponder, con espíritu siempre joven y generosidad cada vez mayor, a la gracia de la vocación divina que recibieron, y para saber prevenir con prudencia y prontitud las posibles crisis espirituales y humanas a que fácilmente pueden dar lugar muchos diversos factores: la soledad, las dificultades del ambiente, la indiferencia, la aparente falta de eficacia de su labor, la rutina, el cansancio, la despreocupación por mantener y perfeccionar su formación intelectual y hasta —es el origen profundo de las crisis de obediencia y de unidad— la poca visión sobrenatural de las relaciones con el propio Ordinario, e incluso con los demás hermanos en el sacerdocio». Á. del Portillo ha escrito páginas especialmente luminosas y clarificadoras sobre el tema de las relaciones entre santidad y ministerio del sacerdote, cfr. *Escritos sobre el sacerdocio*, Palabra, Madrid 1991, 122 y ss.

ro no veía el modo de hacerles un sitio en el Opus Dei. Como dice Bernal, «tenía clara la idea, pero no encontraba el modo jurídico de llevarla a la práctica, pues no había ningún camino abierto en el Derecho Canónico entonces vigente»⁴¹.

Y era tal la necesidad que sentía de hacer algo por los sacerdotes diocesanos que, tras reflexionar y rezar mucho, llegó a la conclusión de que debía proceder a una nueva fundación, aunque para ello tuviera que hacer el penoso sacrificio de abandonar el Opus Dei. No mucho tiempo después de haber tomado aquella heroica determinación, en la primavera de 1950, Dios le hizo ver que también los sacerdotes incardinados en las diócesis «cabían» en el Opus Dei; podrían ser recibidos, en efecto, como socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El Fundador de la Obra comprendió, pues, que tales sacerdotes eran también destinatarios de la vocación al Opus Dei, que es llamada a la santidad, especificada esencialmente por estas dos coordenadas: la santificación del propio trabajo, sin necesidad de mudar estado o condición⁴². Así lo explicaba en 1968, con una claridad conceptual y vigor de expresión que no dejaban lugar a dudas o equívocos:

«Los sacerdotes diocesanos que (...) se adscriben a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz (Opus Dei), lo hacen única y exclusivamente porque desean recibir esa ayuda espiritual personal, de manera en todo compatible con los deberes de su estado y ministerio: de otra manera, esa ayuda no sería tal ayuda, sino complicación, estorbo, desorden»⁴³.

41. S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1976, 139. Y añade en el mismo lugar: «Desde el punto de vista teológico la vocación al Opus Dei era la misma para los laicos y los sacerdotes diocesanos: el mismo fenómeno teológico vocacional, solía decir el Fundador. Pero no veía la solución jurídica...». No veía, añadimos nosotros, la solución jurídica que tuviera debidamente en cuenta la particular situación y empeños de los sacerdotes incardinados en las diócesis. De lo que no tenía alguna duda era de que: «en la Obra no hay dos clases de socios, clérigos y laicos: todos son y se sienten iguales, y todos viven el mismo espíritu: la santificación en el propio estado», *Conversaciones...*, 69.

42. No era pues necesario proceder a ninguna particular fundación, destinada únicamente a los sacerdotes. Cfr. L.F. MATEO-SECO-R. RODRÍGUEZ-OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 1994, 48-59; A. FUENMAYOR-V. GÓMEZ IGLESIAS-J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Eunsa, Pamplona 1989.

43. *Conversaciones...*, 16. Los sacerdotes diocesanos, pues, «cabían también perfectamente en la Obra». Los autores de *El itinerario...* glosan del siguiente modo estas palabras del Fundador del Opus Dei: «Si los miembros del Opus Dei deben buscar la santidad en sus condiciones ordinarias de trabajo, esforzándose en realizarlo lo mejor

6. EL LUGAR DE LA SANTIDAD DEL PRESBITERO DIOCESANO

Cada uno debe santificarse «esté donde esté», es decir en su propio estado y condición, sin salir de su sitio, cada uno en la vocación a la que Dios le ha llamado en medio del mundo, entre sus iguales los hombres. Se trata ahora de examinar algunas de las consecuencias que encierra para el sacerdote diocesano esta doctrina, central, como hemos visto, en la misión que el Señor quiso confiar al joven sacerdote Josemaría Escrivá el 2 de octubre de 1928. En concreto analizaremos lo que se refiere al *sitio* o *lugar* existencial del sacerdote diocesano y a su trabajo.

6.1. *El «sitio» o «lugar» del sacerdote secular*

Hemos dicho al inicio de este estudio que en la doctrina de San Josemaría Escrivá esas expresiones se refieren a las circunstancias que, sin constituirla, forman parte, de alguna manera, de la persona, la circunscriben, la identifican en su peculiaridad genérica, que, no obstante, es ya también personal. Factor definitorio fundamental del lugar del sacerdote diocesano es justamente su pertenencia a una diócesis, su «diocesaneidad», para decirlo con un neologismo, quizás no demasiado feliz, pero sin duda expresivo: su santidad, su modo de alcanzarla, no podrá nunca prescindir legítimamente de este factor, justamente porque se trata de un elemento caracterizante del *sitio* o *lugar* en el que el sacerdote diocesano es llamado a la santidad. Y puesto que la doctrina enseñada constantemente por el Fundador de la Obra es que ésta no saca a nadie de su sitio, al tratarse de los sacerdotes diocesanos no podía menos de in-

posible, también los sacerdotes, sin salirse de su sitio, de su condición de miembros del presbiterio de una diócesis, pueden y deben santificarse en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, realizándolo con plena dedicación y con plena unión con el propio Ordinario, con el estímulo y ayuda espiritual que, para cumplir los propios deberes, proporciona el *Opus Dei*, p. 230. Vale la pena recordar aquí que tanto el Decreto «Presbyterorum ordinis» del Concilio Vaticano II y la encíclica de Pablo VI «*Sacerdotalis coelibatus*», como la Exhort. Apost. Posts. «*Pastores dabo vobis*» de Juan Pablo II y el «Directorio para el ministerio y vida de los sacerdotes» de la Congregación para el Clero —para no citar más que algunos de los documentos más relevantes—, recomiendan y alaban vivamente las asociaciones que, con estatutos reconocidos por la competente autoridad eclesial, fomentan la santidad de los sacerdotes en el ejercicio de su propio ministerio.

sistir con gran fuerza en que aquellos que se asocian a la Obra siguen siendo sacerdotes seculares diocesanos igual que antes. De no ser así, se traicionaría el mensaje del Opus Dei en uno de sus aspectos centrales.

El hecho de pertenecer a una diócesis como elemento estructurante del *lugar* propio del sacerdote, se especifica concretamente gracias a las relaciones particulares del sacerdote con el Obispo y con los demás miembros del presbiterio. El espíritu del Opus Dei en el caso concreto del sacerdote diocesano lleva, en efecto, a *una exigente afirmación de la condición diocesana* y, por tanto, a subrayar la plena, voluntaria y sacrificada, si fuera el caso, sujeción y obediencia al Ordinario. La situación que el sacerdote debe santificar es la de su unión y obediencia al Obispo, unión que deriva de la misma consagración sacerdotal que lo convierte en su colaborador. La ayuda que un sacerdote diocesano —pertenzca o no al Opus Dei— recibirá de la Obra, irá siempre en la dirección indicada por la vieja máxima latina: «nihil sine Episcopo»; será estimulado a estar personalmente unido a él y a fomentar en los demás sacerdotes la misma unión⁴⁴.

En lo que se refiere al presbiterio diocesano, la Prelatura del Opus Dei promueve un fuerte espíritu de comunión entre sus miembros, y, por su lado, los sacerdotes que se adscriben a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz saben que no deben querer distinguirse, ni distinguirse de hecho, de los demás, sino que han de esforzarse por estar más unidos a ellos, y saben bien que han de estar llenos de caridad fraterna, evitando cualquier sombra de división y fomentando la máxima unidad, incluso la vida común, si esa fuera la voluntad del Obispo⁴⁵. Todo lo que es expresión de la fraternidad sacerdotal que hunde sus raíces en la común consagración, encontrará en ellos convencido cultivo: concelebraciones con ocasión de la Misa crismal o de momentos y circunstancias con un particular significado para el presbiterio, encuentros de arciprestazgo, retiros o ejercicios espirituales, jornadas de convivencia, etc. Una caridad fraterna que contribuirá decisivamente a superar el peligro de la soledad que puede amenazar la existencia del sacerdote y que llevará a tratar

44. Cfr. *Codex iuris particularis Operis Dei*, Tit. II, Cap. III, n. 69; *Conversaciones...*, 119; *Carta*, 24.XII.1951, n. 147 y *Carta*, 28.III.1955, n. 45, citadas en *El itinerario...*, 291.

45. Cfr. *Codex iuris particularis Operis Dei*, Tit. II, Cap. III, nn. 68-69.

siempre a todos los sacerdotes, sin excepción, con cariño humano y sobrenatural.

Unión y obediencia, veneración y afecto al propio Ordinario, unión con los demás miembros del presbiterio diocesano y la práctica más perfecta posible de las virtudes que son propias de un sacerdote: a eso impulsa el espíritu del Opus Dei; a tener «mucho más amor a todo lo que el sacerdote tiene en sus manos», como decía el Fundador de la Obra con frase que resumía todo un complejo de actitudes prácticas que debían animarlos. Y explicitando el contenido de dicha expresión, afirmaba en 1968 que a través de la dirección espiritual personal se fomenta en los sacerdotes:

«(...) su vida de piedad, su caridad pastoral, su formación doctrinal continuada, su celo por los apostolados diocesanos, el amor y la obediencia que deben al propio Ordinario, la preocupación por las vocaciones sacerdotales y el seminario, etc.»⁴⁶.

6.2. *El ministerio, «trabajo profesional» del sacerdote*

Una vez establecido que también los sacerdotes diocesanos son destinatarios del mensaje central del Opus Dei, que recuerda la llamada universal a la santidad y ayuda a alcanzarla con ocasión y por medio del trabajo profesional, vivido como servicio a Dios y a los hombres, es ahora oportuno recordar lo que el Fundador de la Obra decía sobre el trabajo propio del sacerdote. Con ligeras variantes, solía repetir:

46. *Conversaciones...*, 16. En un breve artículo mío sobre la espiritualidad sacerdotal centrado en la doctrina del último Concilio ecuménico, decía: «Dejando aquí de lado lo que concierne a los Obispos, el Concilio delinea en el n. 41 de *Lumen gentium* el peculiar ejercicio que corresponde a los pastores en la prosecución de la santidad a la que todos estamos llamados. Las líneas maestras que configuran el ejercicio sacerdotal de la santidad pueden ser elencadas del siguiente modo a tenor del texto conciliar indicado:

— el ejercicio cotidiano del propio oficio como camino para crecer en el amor a Dios y al prójimo; en él deben proceder hacia una mayor santidad (cfr. también *Presbyterorum ordinis*, 12);

— el vínculo de la comunión en el sacerdocio que regula las relaciones mutuas (cfr. P.O., 8);

— la fiel unión y generosa cooperación con el propio Obispo, que contribuye en gran manera a la propia santificación (cfr. P.O., 7 y 15)», J.M. YANGUAS, «La espiritualidad sacerdotal», en *La formación de los sacerdotes...*, cit., 635-636.

«Si cabe hablar así, para los sacerdotes su *trabajo profesional*, en el que han de santificarse y con el que han de santificar a los demás, es el sacerdocio ministerial»⁴⁷.

Las expresiones —«si cabe hablar así», «si cabe expresarse así», «por decirlo de alguna manera»—, que en labios del nuevo santo solían acompañar tan claras afirmaciones, le servían para poner de manifiesto su carácter analógico. Como precisa P. Rodríguez, era bien consciente de que el trabajo profesional pertenece al orden de las creaturas; pero hablar del ministerio como trabajo propio del sacerdote no carece de fundamento y le servía para proyectar en la vida del sacerdote secular lo que representa el núcleo central del mensaje del Opus Dei⁴⁸ «que, además, ya vivían desde 1943, fecha en que fueron ordenados por primera vez fieles de la Obra, los sacerdotes incardinados en el Opus Dei»⁴⁹.

¿Qué consecuencias prácticas tiene en la vida concreta del sacerdote diocesano el hecho de que la llamada que ha recibido a la santidad se realice y tome cuerpo en el ejercicio de su ministerio? ¿Qué comporta para su ministerio saber que es el quicio de su santidad?

Como vimos, la primera condición para que el trabajo sea santo y santificante de uno mismo y de los demás es que esté bien hecho, que se lleve a cabo respetando sus exigencias: hay que tratar de trabajar como «buenos profesionales». Mejor que como buenos profesionales, diría, porque así lo exige la peculiaridad de este trabajo. En efecto, las acciones más propiamente sacerdotales —la celebración de la Santa Misa y la administración de los demás sacramentos— obtienen ciertamente sus efectos en virtud de ellas mismas: el Señor ha querido asegurar su gracia a los hombres con independencia de la calidad del instrumento. Pero esto, en vez de eximir al sacerdote del empeño y del esfuerzo por realizar bien dichas acciones, lo obliga con mayor fuerza. De él depende, en efecto —*ex opere operantis*—, una gracia que Dios quiere conceder a los hombres mirando a sus ministros⁵⁰.

47. *Carta*, 24.XII.1951, citada en *El itinerario...*, 289. Cfr. la homilía pronunciada el 13.IV.1973 *Sacerdote para la eternidad*, publicada con otras del mismo Autor en *Amar a la Iglesia*, Palabra, Madrid 1986, 65.

48. Cfr. *El itinerario...*, cit., 119-127, 131 ss y 254.

49. Cfr. *El Opus Dei en...*, cit., 125.

50. Escribía el Card. Wojtyła: «La eficacia sobrenatural de los sacramentos depende directamente del *opus operatum*; sin embargo, la enseñanza del Vaticano II no duda en

Trabajar con la mentalidad de un buen profesional lleva a hacerlo con conciencia, con sentido de responsabilidad, con auténtico amor a la profesión, con perseverancia, sin perezas injustificables y sin ligerezas incomprensibles. Exige una adecuada preparación, continua actualización, poner el alma en lo que se realiza, cumplirlo con entusiasmo, evitando la chapuza, huyendo de la funesta actitud del cumplimiento y miento, de quien desempeña su trabajo con mentalidad de funcionario a quien no interesa en absoluto el buen resultado de su quehacer. No se trata, en efecto, de hacer por hacer ni de aparentar que se hace⁵¹.

El trabajo ministerial, como cualquier otro trabajo cuando se realiza humana y sobrenaturalmente bien, requiere e implica un serio ejercicio de las virtudes que son la trama de la santidad: puntualidad, orden, constancia, buen uso del tiempo, paciencia, optimismo, fortaleza, alegría, presencia de Dios, etc.

Según una división que se ha hecho ya clásica, se suelen distinguir tres ámbitos en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Se habla así de los oficios de enseñar, de santificar y de regir. Pues bien, en todos ellos ha de encontrar expresión clara cuanto acabamos de decir sobre el ministerio sacerdotal en general. El sacerdote debe santificar el ministerio que la Iglesia le confía y no otro, y ése, por lo general, coincide con el de la cura de almas que comprende los tres ámbitos aludidos. Y debe santificarlo realizándolo como la Iglesia misma desea.

El celo por las almas debe presidir y condicionar el ejercicio concreto de cada uno de esos servicios. Celo que tiene dos manifestaciones principales: en primer lugar, la serena pero real y efectiva preocupación por llegar a *todas* las personas cuya cura pastoral es confiada al sacerdote; a todas, en efecto, debe procurar beneficiar con su ministerio: hombres y mujeres, niños, jóvenes, personas de edad madura o ancianos, casados o solteros⁵².

subrayar la importancia del *opus operantis* tanto para la santificación personal de los ministros, como para la santificación personal de aquellos a quienes se dirige el ministerio», «La sainteté sacerdotale comme carte d'identité», *Seminarium* 30 (1978), 175, citado en L.F. MATEO-SECO, «El ministerio fuente de espiritualidad del sacerdote», en *La formación de los sacerdotes...*, cit., 407.

51. «Trabajar con alegría no equivale a trabajar “alegremente”, sin profundidad, como quitándose un peso molesto...», *Surco*, 519.

52. El n. 12 del Decreto *Presbyterorum ordinis* del Concilio Vaticano II afirma, en efecto, que toca a los sacerdotes, en su cualidad de educadores en la fe, procurar, ellos

En segundo lugar, el servicio a los hombres debe tener como objetivo su santidad; esa es la meta, no otra, a la que tienden sus desvelos. El Santo Padre Juan Pablo II lo confirmaba⁵³ al recordar que el objetivo que debe proponerse la pastoral de la Iglesia es la santidad de los fieles.

Un desempeño de calidad del propio ministerio, estrechamente ligado a su eficacia en cuanto depende del sacerdote, exige incuestionablemente una adecuada formación, que necesita de una constante y programada actualización. El anuncio del Evangelio, el ministerio de la palabra, sea cuales fueren las modalidades y los géneros de la predicación, debe ser abundante e ir precedido de una cuidadosa preparación. La improvisación, la falta de contenidos, los lugares comunes, el carácter atemporal del discurso, la exposición poco cuidada, el tono cansino y desmayado que puede traslucir ausencia de compromiso personal, la continua repetición de los mismos temas..., no son compatibles con el anuncio de la Palabra de vida. Se hace necesario, además, pulir continuamente el estilo mediante la lectura, estudiar el modo de llevar periódicamente a la consideración de los oyentes los temas fundamentales de la fe y de la moral cristianas, exponer la Palabra de Dios de manera positiva y atrayente, hacer las oportunas aplicaciones a la vida de los fieles, etc.

Por lo que se refiere al ministerio litúrgico, habrá que procurar que la celebración de los sacramentos sean auténticas celebraciones de la fe. Se impone aquí el oportuno estudio de los rituales de los sacramentos, el fomento de la dignidad y urbanidad en las celebraciones litúrgicas, una especial atención a la preparación catequética para la recepción de los distintos sacramentos. Un adecuado ejercicio de este ministerio exigirá del sacerdote un generoso espíritu de servicio y una amplia disponibilidad a la hora de administrar los sacramentos, evitando tanto exigencias marcadas de un rigorismo que no tiene en cuenta la condición humana, como las actitudes fáciles que olvidan la naturaleza misma del sacramento que se administra.

La guía pastoral de los fieles requiere conocimiento de los principales problemas que afectan a los hombres de hoy, dedicación, seguimiento personal, espíritu de iniciativa, capacidad de diálogo, intercambio de experiencias, selección y formación de las personas para que puedan prestar

mismos o por medio de otros, que cada uno de los fieles («singuli fideles») sea llevado a vivir la propia vocación específica según el evangelio.

53. *Tertio millennio ineunte*, n. 31.

una eficaz colaboración, atención a las distintas realidades eclesiales, promoción de las mismas, desvelo especial por los enfermos y moribundos, cuidado de los más débiles y pobres, tiempo y energías dedicados al amplio mundo de la marginación, a los ancianos que se encuentran solos...

Junto a todo ello, hay que tener presente que un ministerio de calidad no puede pasar por alto aspectos, en absoluto desdeñables, como el cuidado de libros y archivos parroquiales, el orden y puesta al día de los mismos; una gestión económica transparente; la digna manutención de los locales al servicio de las actividades pastorales y, muy especialmente, de los lugares de culto y de todos los objetos del servicio litúrgico.

El exacto cumplimiento del cúmulo de deberes y exigencias que comporta el ministerio sacerdotal requerirá un tiempo destinado a estudiar, proyectar, planificar, evaluar, hacer acopio de experiencias, corregir errores, etc.

A la luz de estas breves consideraciones, se comprende muy bien lo que decía el nuevo santo en una de sus Homilías:

«No puedo silenciar que el *trabajo* —por decirlo así— *profesional* de los sacerdotes es un *ministerio divino y público*, que abraza exigentemente toda la actividad hasta tal punto que, en general, si a un sacerdote le sobra tiempo para otra labor que no sea propiamente sacerdotal, puede estar seguro de que no cumple el deber de su ministerio»⁵⁴.

Es fácil, pues, ver la importancia eclesial que posee esta doctrina del Fundador de la Obra. Adquirir viva conciencia de que el trabajo profesional, en nuestro caso el ministerio sacerdotal, realizado con la mayor perfección humana de que se es capaz, es el lugar y el modo de vivir la llamada a la santidad propia del sacerdote diocesano, puede revelarse factor de extraordinaria trascendencia para la renovación de la vida, del ministerio y de la acción apostólica de los sacerdotes.

Mons. José María YANGUAS
Obispo de Cuenca
CUENCA

54. *Amigos de Dios*, 265. Se aplica aquí de manera especial a los sacerdotes aquello que, en el pensamiento de nuestro Autor, es doctrina válida para todos los cristianos: «Si afirmas que quieres imitar a Cristo..., y te sobra tiempo, andas por caminos de tibieza», *Forja*, 701. «Me gusta tu lema de apóstol: “Trabajar sin descanso”», *Camino*, 373. Cfr. «Sacerdote para la eternidad», en *Amar a...*, cit., 65.

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.